

Louise Erdrich

Bingo Palace

Traducción del inglés de
Susana de la Higuera Glynne-Jones

Siruela

Nuevos Tiempos

Agradecimientos

Megwitch, merci, gracias, antes y después, por toda la ayuda prestada referente al bingo a Susana Moldow, Lise, Angela y Heid Ellen Erdrich, Delia Bebonang, Thelma Stiffarm, a la familia Duane Bird Bean, Pat Stuen, Peter Brandvold, Alan Quint, Gail Hand, Pauline Russette, Laurie SunChild, Marlin Gourneau, Chris Gourneau, Bob y Peggy Treuer y su familia, así como a Two Martin, Trent Duffy y Tom MacDonald. Agradezco a mi padre, Ralph Erdrich, haber seguido el hilo de la vida del bingo y de nuevo a mi abuelo, Pat Gourneau, que jugó tantas cartas a la vez.

Capítulo uno

El mensaje

Durante el invierno, la mayoría de los días Lulu Lamartine no se despertaba hasta que el sol proyectaba un halo de calor en el que podía desmerecerse con un suave ronroneo. Después, se levantaba, preparaba café, ponía a calentar leche muy cremosa y se tomaba el café con leche en una taza de porcelana, sentada a la mesa de su apartamento. Ingresaba en el mundo nevado entre pequeños sorbos, sumida en melancólicos pensamientos. Un panecillo blanco y dulce, un donut e incluso a veces un tazón de cereales seguían a ese primer café, enlazado con otro y otro más, hasta que Lulu estimaba al fin que estaba despierta y se hacía cargo del día a día de la tribu. Conocemos sus hábitos –muchos de nosotros los hemos compartido incluso–, de modo que cuando la vimos acercarse a la puerta de su coche en el aparcamiento antes de su hora habitual, avisamos a los demás para que vinieran a verlo. Desde luego llevaba puesta la ropa de faena. Se subió al coche luciendo medias y botas de tacón de aguja, y, debajo de su grueso abrigo de invierno violeta, un florido y escotado vestido de noche. Ajustó el retrovisor interior y se colocó las gafas en la nariz. Arrancó y descendió por la serpenteante carretera. Desde lo alto de la colina, vimos cómo se adentraba en el corazón de la reserva.

Condujo con una tranquila determinación, deteniéndose en las señales de tráfico, cediendo el paso incluso, mientras se dirigía hacia uno de los dos lugares abiertos a una hora tan temprana. La gasolinera –es posible que fuera a emprender un viaje más largo– o la oficina de correos. Esas eran las dos posibilidades que pudimos imaginar. Cuando pasó por delante de la primera, supimos que debía de dirigirse a la segunda opción, y, una vez

allí, confiamos en Caballo Gemelo Diurno para que nos contara cómo Lulu entró en la oficina de correos bajo la bandera de los Estados Unidos, el gran sello de Dakota del Norte y el emblema del pueblo chippewa, y se entretuvo allí, mirando a su alrededor, calentándose como una gata ante la rejilla de la calefacción mientras se daba golpecitos en los labios con una uña pintada.

Caballo Gemelo Diurno la observó, al menos hasta que la mujer se giró, le sorprendió mirándola y desencadenó un gran desconcierto. Primero lo fulminó con una mirada de hechicera, que hizo que su dedo quedara pegado a la báscula postal. La cinta adhesiva parecía tener vida propia, de modo que, cuando se inclinó para retirar el dedo y hacer una bola con la cinta, Caballo Gemelo Diurno se fue poniendo cada vez más nervioso. Mientras luchaba con el papel pegajoso, llegó la señora Josette Bizhieu con tres paquetes, tan impaciente como siempre. Al atenderla, Caballo Gemelo, que era jefe de la oficina de correos, no podía vigilar los movimientos de Lulu, que hojeaba las fichas de unas pequeñas cajas que contenían las facturas de otros clientes. No vio cómo la mujer se detenía para leer las instrucciones de la fotocopidora, ni cómo se inclinaba sobre la vitrina para observar los juegos de bolígrafos, tazas estampadas con sellos y álbumes para coleccionistas. No pudo ver cómo se paraba ante los avisos de búsqueda para hojearlos rápidamente y en silencio, recorriendo el grueso taco hasta encontrar el retrato de su hijo.

Fue la mismísima Josette, espabilada y recelosa como la gata salvaje que le había dado nombre, la que agachó la barbilla y volvió la cabeza una fracción de segundo, el tiempo suficiente para ver cómo Lulu Lamartine hundía la mano en el fajo de delincuentes arrancando la propiedad del Gobierno de un rápido, decidido y sereno movimiento, como si cortara una toallita de papel en un dispensador dentado. Con el papel en la mano, Lulu se dirigió a la fotocopidora. Con sumo cuidado, colocó la fotografía bocabajo en el cristal e insertó dos monedas en la rendija. Un fogonazo de satisfacción iluminó su rostro cuando el tambor de la máquina desprendió una fuerte luz y un suave zumbido. Retiró el original así como la copia de la fotografía en cuanto esta salió. La dobló, la metió en un sobre y se acercó rápidamente al buzón destinado a los envíos fuera de la localidad, donde esperaba Josette con sus paquetes, como si estuviera dudando sobre

cuál despachar primero. Al percibir que Josette bajaba la mirada, Lulu se apresuró a enviar la carta, pero no antes, sin embargo, de que Josette vislumbrara el nombre del pueblo en la dirección que ya estaba escrita en el sobre franqueado.

Fargo, Dakota del Norte. Allí estaba: el conocido paradero del nieto descarriado que Lulu Lamartine y Marie Kashpaw compartían para su desgracia. De modo que Lulu Lamartine enviaba al hijo la fotografía del padre. Quizá se tratase de una llamada para que volviera a casa. Un aviso. Significaba algo sin duda. Siempre había algún motivo detrás de todo lo que hacía Lulu, aunque uno tardase en descubrirlo, en descifrar las claves. Después, Lulu salió por las puertas acristaladas, dejando a Caballo Gemelo Diurno y a Josette en la oficina de correos.

Los dos la siguieron con la mirada, pensativos y con el ceño fruncido. Percibieron a su alrededor un repentino torbellino de oportunidades y posibilidades, pues la oficina de correos era un lugar propicio a catástrofes que se evitan por los pelos, iluminado por números. Clavaron los ojos en las portezuelas de los apartados de correos metálicos, alineados con tanto rigor que resultaba fácil confundirlos. Y a continuación, en la estantería construida para la imprescindible colección de sellos de caucho, todos de idéntico aspecto, que, no obstante, eran capaces de enviar una carta al otro lado del mundo. Por supuesto, estaban las estampillas en sí, vendidas en cartillas o en hojas sueltas dentro de sobres de celofán encerado. Águilas. Flores. Globos de aire caliente. Adorables perritos. Wild Bill Hickok. El universo cotidiano parecía de pronto precario y extraño. Josette retrocedió con recelo y entrecerró sus astutos ojos. Caballo Gemelo Diurno observó la cinta adhesiva de color verde oliva. El rollo volvía a descansar, limpio y dócil, en sus manos. Recorrió la superficie con la uña en busca de la extremidad donde despegar y cortar, pero el plástico era liso, frustrante y perfecto, igual que el pequeño incidente con Lulu. No encontraba nada de donde tirar, pero estaba seguro de que ese numerito ocultaba un motivo complejo y una historia más larga.

Al final, sin embargo, no hubo mucho más que saber sobre lo que hizo Lulu ese día. Deberíamos habernos preocupado más tarde, por las consecuencias a largo plazo. Aun así, procuramos vigilar de cerca sus movimientos, por lo que sabemos que, al poco tiempo de abandonar la oficina de correos, Lulu Lamartine

compró un marco de fotos de latón y cristal en la tienda más elegante de Hoopdance. Lo llevó a su apartamento y lo depositó sobre la mesa de la cocina. Josette, que se reponía de todos los recados realizados bebiendo un vaso de agua, contó cómo Lulu había utilizado una lima de uñas para levantar los minúsculos ganchitos que sujetaban el respaldo. Retiró primero el áspero cartón, luego el cuadrado metálico interior y, por último, la pobre reproducción de una feliz pareja de novios. Apartó la fotografía sentimental y colocó el aviso de búsqueda contra el cristal. Alisó el papel de mala calidad, puso de nuevo la tapa y dio entonces la vuelta al retrato para contemplar la imagen más reciente de su famoso hijo delincuente.

Incluso bajo el *flash* del fotógrafo de la policía destacaban los ojos de los Nanapush. Los huesos de los Pillager y el destello de un pendiente en la mejilla. Gerry Nanapush poseía una rabia tímida, una grave perplejidad y mucho pelo. La mujer buscó rasgos suyos –la nariz, sin duda– y de su padre –el gesto, la sonrisa de lobo, contenida y disimulada, resplandeciente–. Cuando recorrió con la mirada sus brazos vigorosos, parecía pensativa, explicó Josette, demasiado astuta y ensimismada en sus cálculos. A decir verdad, nunca nos ha parecido que Lulu Lamartine mostrara el gesto adecuado, es decir, el de una madre resignada. Sus ojos desprovistos de toda devoción siempre proyectaban un brillo peligroso y su sonrisa parecía querer liberarse para echar una maldición. Tenía un rostro alerta, brazos fuertes y, aunque aquejadas de artrosis, poseía las manos de un ladrón de cajas fuertes. A pesar de todo, creímos que todo el asunto concluiría con la fotografía en la repisa. Al fin y al cabo, el muchacho había sido detenido de nuevo hacía muy poco tiempo y encerrado de una vez por todas. Jamás nos imaginamos que la mujer llegaría tan lejos como finalmente llegó. Pensábamos que Lulu Lamartine se conformaría con cambiar el retrato de sitio, moviéndolo de un lado para otro hasta dejarlo al final en el centro de la balda repleta de adornos, donde nadie podría dejar de verlo al entrar en el apartamento.

Fue la mirada calculadora de Lulu y no el rígido gesto de la fotografía lo que persiguió a Josette durante todo ese día, pero los dos pares de ojos eran tan parecidos que siempre había que procurar evitarlos al entrar en la casa. Algunos de nosotros inten-

tábamos resistir y, sin embargo, acabábamos atraídos irremediablemente. Teníamos curiosidad por averiguar algo más, aunque nunca conseguimos conocer todo el embrollo a fondo. La historia nos enreda, nos presiona el cerebro y pronto nos encontramos intentando tirar del hilo hasta llegar al inicio, poner orden entre las familias y dar algo de sentido a las cosas. Pero empezamos con una persona, y rápidamente le sigue otra y otra más, y otra, hasta que nos hallamos perdidos en medio de tantos vínculos y parentescos.

Podríamos tirar de cualquier hilo de Lulu, además, y no cambiaría nada; todo acabaría en la misma maraña. Comencemos, por ejemplo, con Gerry Nanapush, su hijo en los carteles de «Se busca». Recorramos el linaje de hijos, hermanos y hermanastros hasta llegar a Lyman Lamartine, el benjamín. He aquí un hombre al que todo el mundo conocía y sin embargo nadie conocía, un intrigante de mente sombría, un emprendedor amargado y no obstante encantador, que sisaba dinero al tío Sam a sus espaldas y que gastaba bromas para engatusar al otro, un tipo que fraccionó la reserva del mismo modo que lo había hecho Nector Kashpaw, su padre de sangre, y cuyo propio interés estaba tan entrelazado con el interés de los suyos que era incapaz de distinguir su ambición personal del orgullo de los Kashpaw. Lyman llegó incluso a enamorarse de una mujer mucho más joven. Se enamoró y fracasó, pero eso nunca ha arredrado mucho tiempo a ningún Kashpaw, ni a ningún Lamartine tampoco.

No soltéis este frágil cabo. Se avecina una tempestad, una tormenta de nieve. June Morrissey todavía camina por esa inesperada nevada de Semana Santa. Era una mujer hermosa, muy querida y muy atormentada. Dejó morir a su hijo y abandonó al padre a merced de otra mujer; olvidó la maleta hecha en su habitación, en cuya puerta faltaba el picaporte. Nunca recobró del todo la memoria, salvo en los pensamientos de Albertine, su sobrina: una Kashpaw y una Johnson, un poco de todo pero libre de nada.

Vemos bailar a Albertine en la *powwow*¹ con una larga trenza cayéndole por la espalda y el chal formando un torbellino azul. La vemos agachada sobre los libros de medicina de la biblioteca, resistiendo la tentación de fumarse un cigarrillo desde la clase de Anatomía. La vemos haciendo lo que los *zhaginash* llaman

¹ *Powwow*: reunión cultural de la comunidad india. (N. de la T.)

«esforzarse al máximo», es decir, insistir e insistir hasta tener la sensación de que se le va a caer la cabeza en las manos. Su cometido parece consistir en levantarse y hundirse, precipitarse hacia las cosas a toda velocidad y desde todas las direcciones, como el viento, y derribar a cada uno de sus adversarios con toda su fuerza dramática. La vemos herida cuando fracasa su poderosa carga. La vemos retroceder de un salto, para recobrar su fuerza.

Sacudimos la cabeza e intentamos avanzar de una manera y luego de otra. El cordón rojo que une a la madre con su bebé es la esperanza de nuestro pueblo. Se tensa, cruje, se enreda, se engancha, pero resiste. Y de qué manera. Al abalanzarse al final de ese cordón, muchas jóvenes que se creían indómitas recibían un tirón seco que las arrojaba al suelo y no les dejaba más opción que sacudirse el polvo, indignadas y doloridas. Shawnee Ray, Shawnee Ray Toose y su hijo, por ejemplo. Los ancianos cerraban los ojos y procuraban no admirar abiertamente la belleza de esta joven, porque una pavesa incandescente todavía puede volver a la vida, rotunda y azul, y ¿qué pueden hacer ellos? Es mejor conformarse con chasquear la lengua. Hemos oído a Shawnee Ray hablando con los espíritus en la cabaña de sudación de una manera tan dulce, tradicional y respetuosa, que estos no pueden hacer otra cosa sino contestar. No sabemos cómo conseguirá llevarse bien con esa jefa, la *ikwe* Zelda Kashpaw, quien levantó una empalizada alrededor de su propio corazón desde los tiempos en que ella misma era una niña. No sabemos cómo saldrá todo y en qué acabará, y por ello observamos todos, unos y otros, tan detenidamente; una sola voz disidente.

Sabemos muy bien que nadie es tan sabio como para llegar a comprender el corazón de otra persona, aunque el cometido de nuestra vida sea intentarlo. Masticamos las pieles endurecidas y nos interrogamos. Pensamos en Fleur, aquella mujer Pillager, que, en realidad, siempre fue medio espíritu. Con un pie en el sendero de la muerte, un rápido paso hacia atrás, su danza nos pone nerviosos. Sin embargo, algunos de nosotros desearíamos que saliera del bosque. Ya no le tenemos miedo: al igual que la muerte, es una vieja amiga que ha estado esperando apaciblemente, una compañera paciente. Sabemos que se demora y se rezaga todo cuanto puede, a la espera de que otra persona ocupe su lugar, pero de un modo diferente a cuando derramaba su canto de muerte en la

boca de los demás. Esta vez espera a una persona joven, un sucesor, alguien que herede su sabiduría, y dado que sabemos quién ha de ser esa persona, sentimos pena por ella. Pensamos que se equivoca. Creemos que Fleur Pillager debería exponer sus viejos huesos al sol como nosotros y descansar, en lugar de malgastar sus últimas palabras en ese muchacho hechicero.

Lipsha Morrissey.

Todos estamos indignados con el hijo del hombre cuyo rostro aparece en esos carteles de búsqueda. Hemos tirado la toalla respecto a ese joven Morrissey, que Marie Kashpaw rescató de la ciénaga. Aunque los espíritus soplaron sus dedos cuando era bebé, no valora los poderes que posee. Tenía una grandiosa habilidad, pero la destruyó. Sus idas y venidas a la ciudad le debilitaron y confundieron, y ahora va dando tumbos en círculo mordiendo el rabo. Cruza la carretera a toda velocidad como un coyote, esquivando las ruedas y, de pronto, aparece en el parque infantil, columpiándose, y ha vuelto a alienarse fumando su pipa de estupefaciente. Nos tiene hartos. Intentamos apoyarle y recuperarle, dándole consejos. Le decimos que debería echar raíces, sentarse en el suelo, hundir las manos en la tierra y suplicar a los manitús. Hemos hecho tanto por él y, aun así, lo cierto es que todavía no ha hecho nada de verdadera importancia.

Nos gustaría poder afirmar otra cosa desde la última vez que contó su historia, pero ahí están los hechos: el muchacho cruzó la frontera para regresar a la reserva, orgulloso tras el volante del Firebird azul de su madre, y dejó escapar sus oportunidades. Durante un tiempo, dio la impresión de que iba a llegar a algo. Acabó el instituto y sacó buenas notas en los exámenes de ingreso a la universidad de Dakota del Norte. Nos dejó a todos estupefactos, porque estábamos convencidos de que no era más que un inútil, una carga, una de esas tristes estadísticas de las reservas. Las ofertas llenaron el buzón de su abuela: de todo, desde la mecánica diesel hasta pilotar aviones. Pero entonces nos dio la razón. Pues nada atraía su interés. Nada le retenía. Nada le motivaba.

Se le contrató para formar parte de una cuadrilla que estaba transformando un antiguo almacén de ferrocarril en un restaurante de lujo, que era el último grito en reformas. El resultado fue deslumbrante, solo que, cuando pasaba un tren, los platos se caían, los vasos temblaban y el agua se derramaba. Después,

trabajó en una fábrica de hachas de guerra. Contribuyó sustancialmente a hundir la empresa, pero no se quedó allí para recoger los escombros y se escabulló a Fargo. Consiguió un empleo en una planta azucarera, cargando palas de azúcar. Llenó montañas de ellas, todo el santo día, moviendo montículos de un lado a otro. Llamaba a su abuela Marie por teléfono a la línea compartida y a cobro revertido, y siempre para quejarse.

Bueno, era de esperar. ¿Qué clase de trabajo era ese, de todos modos, para un chippewa? Todo aquello no nos gustaba nada. Cuando regresaba a su habitación, colocaba un pequeño recogedor debajo de sus zapatos y calcetines y vaciaba el azúcar formando un pequeño montoncito. Sacudía el pantalón en la bañera, se cepillaba el pelo y tiraba todo por el desagüe. Aun así, los granitos de azúcar crujían bajo los pies y la alfombra se volvía más gruesa. Los largos pelos de la alfombra se quedaban pegados y el azúcar atraía a las cucarachas y los pececillos de plata, que mataba con insecticida. Nunca estaba nada limpio, se quejaba a Marie, mientras nosotros escuchábamos. El azúcar se derretía hasta convertirse en sirope y las fumigaciones no hacían más que sellarlo todo, de modo que se iban acumulando capas y capas de un pegajoso barniz cada vez más duro.

Como le pasaba a él. Estaba levantando una especie de capa de óxido, dura, bajo la cual se resguardaba. Nos enteramos por fuentes de las que no nos gusta hablar de que se le veía en los bares, en los lugares más sórdidos, en los clubs de los traficantes de drogas y en las zonas bajo los puentes donde tantas cosas ilegales pasan de la mano a la boca. De tal padre tal astilla, pensamos, expresándolo tan solo con los ojos, igual que su padre, ahí está. Y entonces un día, la fotografía de Gerry Nanapush que envió Lulu por correo llegó a Fargo: un mensaje referente a su padre buscado por la policía que, por supuesto, llevó al muchacho a detenerse por un tiempo para reflexionar. Esta era su vida—algo que podríamos haberle dicho desde la primera llamada de teléfono—. Allí estaba él, sentado a una mesa de madera falsa mientras oía el ruido de los coches en la calle más abajo. Estaba recubierto de un manto químico, pegajoso y resistente, protegido, en suspensión, aprisionado como un insecto en una masa de plástico. Estaba atrapado en una piel extraña, ahogado en drogas, azúcar y dinero, cocido y bien cocido en una tarta de hormigón.

No lo conocíamos, no queríamos hacerlo, pues, a decir verdad, nos daba igual. «Lo que él es no es más que la costumbre de lo que siempre ha sido», advertimos a Marie. «Como no tenga cuidado, se convertirá en el fruto de ello».

Quizá un redoble de tambor le hiciera cosquillas en los dedos o tal vez le ardiera todo el rostro como si se hubiera arrancado a sí mismo a bofetadas de un largo letargo. Fuera lo que fuese, se levantó y salió por la puerta con todo lo que era capaz de llevarse: chaquetas, dinero, una radio, ropa, libros y cintas. Cruzó el pasillo y bajó las escaleras hasta la calle. Cargó el coche hasta arriba y entonces, en cuanto se sentó al volante, dejó de importar todo excepto la carretera.

Le vimos en cuanto entró en el gimnasio durante la *powwow* de invierno. Se mezcló entre el gentío en medio de una canción intertribal. Le vimos apoyarse en la pared para observar a los bailarines que no cesaban de dar vueltas con sus llamativos trajes, y no pudimos hacer más que constatar enseguida que el muchacho no encajaba en ningún sitio. No era un *honcho* de un consejo tribal, ni un organizador de *powwows*, ni un médico de guardia en un coche de policía aparcado fuera, ni alguien a quien confiar nuestra vida. No era miembro de un grupo de tambores, ni un cantante, ni un vendedor de golosinas. No era una anciana cree con un pañuelo anudado en la barbilla, un delgado bolso en el regazo y un vaso de cartón de coca-cola. No era uno de los nuestros. No era uno de esos bailarines folclóricos con espejo en la cabeza y penacho en forma de puercoespín, no seguía las tradiciones, no era una de esas muchachas con chal cuyos padres las adornan de abalorios de pies a cabeza. Tampoco era nuestro abuelo, con el rostro semejante a un viejo cuero curtido y limpio, que rezaba sobre el micrófono con la cabeza gacha. Ni siquiera era una de esas personas arracimadas alrededor de la máquina expendedora de refrescos en el exterior de la sala, aquellas que se negaban a entrar en el ambiente cálido y con aroma a hierba porque estaban demasiado ebrias o demasiado enamoradas o demasiado intimidadas. No era una de esas mujeres chippewas con aros en la nariz ni esa anciana tía con los dedos chorreando agua, ni el animador con el rostro descarnado y unas cuantas plumas en el sombrero.

No era ninguno de ellos, solo era Lipsha, de vuelta a casa.